

Juan Crisóstomo

SOBRE PENTECOSTÉS

Discurso I

¡Nueva festividad, nuevo concurso de gente, nuevo júbilo por la muchedumbre de sus hijos para la Iglesia, madre no menos fecunda que amorosa! Pero ¿qué le aprovecha el amarlos, si no puede gozar continuamente de la vista de sus rostros que tanto ansía, sino solamente en las festividades? Hállase con esto en la misma situación que quien poseyera una elegante vestidura, y no le fuera dado usar siempre de ella. Pues vestidura es de la Iglesia la muchedumbre de los concurrentes, como, hablando con ella, antiguamente lo decía el profeta: *De todos estos te rodearás, como de las galas de un esposo y de las vestiduras de una esposa* (Is. XLIX, 18). Así, pues, como una noble y honesta matrona aparece mucho más majestuosa y agraciada cuando descende hasta los pies su vestidura, así también la Iglesia se muestra hoy más elegantemente compuesta, revestida de la muchedumbre de vuestros cuerpos y completamente ataviada con esta vestidura. Ninguna parte de ella queda hoy descubierta como los días pasados, y la causa de tal desnudez fueron los que solamente hoy asisten y no cubren continuamente a su madre. Por lo demás, si queremos entender cuán peligroso y abominable sea el no hacer caso de dejar desnuda y vacía la Iglesia nuestra madre, acordémonos de aquella historia antigua, en que el hijo vio a su padre desnudo, y fue por ello castigado (Gen. 9, 21 ss); y eso que él no fue la causa de la desnudez de su padre, sino que tan sólo le vio desnudo; mientras que muchos de los que ahora asisten y hasta ahora no han asistido, no sólo ven a la Iglesia su madre desnuda, sino que, además, son causa de su desnudez. Y si el que sólo vio la desnudez en su padre no escapó del suplicio, ¿cómo lograrán perdón los que son causa de ella? No lo digo no, con ánimo de herir a nadie, sino para que todos evitemos la maldición de Cam, e imitemos la piedad de Sem y de Jafet, y cubramos siempre también nosotros a nuestra madre. A los judíos pertenece eso de presentarse ante Dios sólo tres veces al año; a ellos se les dijo: *Tres veces al año aparecerás en la presencia del Señor tu Dios* (Ex. 23, 17); pero a nosotros siempre nos quiere Dios delante de sí. Además, de que a ellos los obligaba la mucha distancia de sus pueblos a reunirse tan pocas veces por estar circunscrito a un solo lugar el culto de Dios; de ahí que fueran tan contados los tiempos en que se presentaban y reunían en el templo; pues en Jerusalén precisamente, y no en otra parte, debían adorar a Dios. Por esto mandó tan sólo que

tres veces al año se presentarán delante de él; y, ciertamente, los excusaba la distancia del camino; pero nosotros ningún género de excusa podremos alegar. Ellos estaban diseminados por toda la tierra, como consta por estas palabras: *Había en Jerusalén habitantes judíos, hombres religiosos, procedentes de todas las naciones de debajo del cielo* (Hech. 2, 5); nosotros, en cambio, habitamos todos una misma ciudad, vivimos dentro de las mismas murallas, y muchas veces ni siquiera el espacio de un callejón nos separa de la iglesia, y con todo nos presentamos tan pocas veces en esta sagrada reunión, lo mismo que si entre la iglesia y nosotros mediase la distancia de largos y dilatados mares.

II

Y la verdad es que, así como a ellos les mandó celebrar fiesta solamente en tres tiempos, a nosotros nos mandó celebrarla siempre, porque para nosotros siempre es fiesta. Para que veáis como, efectivamente, siempre es fiesta para nosotros, os expondré la razón de cada fiesta, y veréis cómo todos los días subsiste para nosotros. Nuestra primera fiesta es la Epifanía; ¿cuál es la razón de ella? *Que Dios se dejó ver en la tierra y vivió con los hombres* (Bar. 3, 38); que Dios, el Unigénito Hijo de Dios estuvo con nosotros; ahora bien, esto siempre tiene lugar: *He aquí*, dice el, *que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos* (Mt. 28, 20); luego todos los días podemos celebrar la Epifanía. ¿Qué quiere decir la fiesta de la Pascua? ¿Cuál es su motivo? Anunciamos entonces la fiesta del Señor, y esto quiere decir la Pascua; pero tampoco en esta fiesta tenemos tiempo limitado. Porque queriendo San Pablo dejarnos libres de todo límite y traba de tiempos, y haciéndonos ver que siempre podemos celebrar la Pascua, nos dijo: *Cuántas veces comieréis este pan y beberéis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor* (1 Cor. 11, 26). Luego, como siempre podemos anunciar la muerte del Señor, siempre podemos celebrar la Pascua. ¿Queréis ver cómo también la fiesta de hoy se puede celebrar cada día, o mejor dicho, cada día tiene lugar? Veamos cuál es su fundamento, y por qué motivo la celebramos. Su fundamento y motivo es que hoy descendió a nosotros el Espíritu Santo; porque así como está con los fieles el Unigénito Hijo de Dios, así también lo está el Espíritu de Dios. ¿De dónde nos consta? De estas palabras: *El que ama aguardará mis mandamientos; y yo rogaré al*

Padre, y os dará otro Consolador, el Espíritu de la verdad, que permanecerá con vosotros para siempre (Jn. 14, 15-17). Así, pues, como de sí mismo dijo Jesucristo: *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos*, y podemos, por lo tanto, celebrar siempre la Epifanía; así también del Espíritu dijo: *Con vosotros permanecerá para siempre*, y podemos por ello celebrar siempre la fiesta de Pentecostés.

Y porque entendáis que siempre podemos celebrar fiesta y que no estamos circunscritos a ninguna ocasión, ni encerrados en los límites de tiempo alguno, oíd estas palabras de San Pablo: *Así, pues, celebremos fiesta* (1 Cor. 5, 8). Ahora bien; cuando esto escribía, no era fiesta alguna; no era la Pascua, no era la Epifanía, no era Pentecostés; pero nos quiso enseñar que no es el tiempo, sino la conciencia pura lo que hace día de fiesta: porque la verdadera fiesta no es otra cosa sino la alegría; y la alegría espiritual e interior de ninguna otra cosa nace sino de la conciencia de buenas obras; y el que tenga buena conciencia y buenas obras, siempre puede celebrar fiesta. Esto es, en efecto, lo que San Pablo indicaba al decir: *Así, pues, celebremos fiesta, no con levadura añeja; ni con levadura de maldad y corrupción, sino con los panes ácimos de sinceridad y verdad* (Ibid). ¿Ves cómo no te redujo a los límites de tiempo alguno, sino que te exhortó a tener siempre pura conciencia? En este asunto quisiera emplear todo el discurso, porque los que después de mucho tiempo logran al fin tener en su poder a los que deseaban, no los dejan irse fácilmente, ya pues que también yo os he cogido dentro de mis redes a los que asistís con la interrupción de un año, no quiero hoy dejaros marchar; pero para que no os vayáis vacíos de lo que pertenece a la fiesta de hoy, dejada a un lado esta exhortación, necesario es encaminar el discurso al asunto de la solemnidad que celebramos.

III

Muchos son los bienes que para provecho del género humano han bajado muchas veces del cielo a la tierra; pero bienes de tal calidad como los de hoy, jamás hasta ahora descendieron. Ved, pues, cuáles eran los bienes de antes y cuáles los de hoy, y veréis la diferencia de entrambos. *Llovió Dios maná sobre la tierra y dióles pan del cielo* (Sal. 77, 24), porque comió el hombre pan de ángeles, ¡Grande don, en verdad, y digno de la bondad de Dios! Mas tarde bajó fuego del

cielo, y corrigió el error del pueblo judaico, y arrebató del altar el sacrificio; además, cuando todos se consumían de hambre, bajó una lluvia que proporcionó grande abundancia y prosperidad (3 Re. 18, 38) ¡Grande y maravillosos beneficios! Pero ¡cuánto mayores son los de ahora! Porque no es maná, ni fuego, ni lluvia, lo que hoy ha bajado, sino un torrente de gracias espirituales; nubes copiosas han descendido del cielo, que no ya disponen la tierra para fructificar, sino persuaden a la humana naturaleza a que dé el fruto de la virtud al labrador celestial de los hombres. Los que tan sólo una gota de esta gracia recibieron, olvidáronse al punto de su propia naturaleza, y de repente quedó toda la tierra llena de ángeles, no de ángeles celestes, sino corpóreos, que ostentaban en cuerpos humanos la virtud de las potestades incorpóreas. Porque no bajaron los ángeles a la tierra, sino lo más admirable fue que los hombres se remontaron a la virtud de los ángeles, pues no vivían con sólo el alma, despojados de la carne, sino que conservando la misma naturaleza, con la voluntad llegaron a ser ángeles. Y para que entiendas que aquel castigo primero que Dios te impuso al decirte: *Tierra eres y en tierra te convertirás* (Gen. 3, 19), no fue verdadero castigo, permitió que permanecieras en la tierra para que se ostentara mejor en ti la virtud del Espíritu Santo, que obra tales prodigios por medio de un cuerpo terrenal. Porque era, en verdad, digno de verse que una lengua de barro dominara a los demonios; digno de verse que una mano de barro sanara enfermedades, y más digno de verse aún que, no ya una mano de barro, sino, lo que es mucho más admirable, la sombra tan sólo de cuerpos de barro, triunfara de la muerte y de las potestades incorpóreas, de todos los espíritus infernales. Porque así como al aparecer el sol huye la oscuridad, sepúltanse las fieras en sus escondrijos, los homicidas, ladrones y profanadores de sepulcros corren a acogerse a las cumbres de las montañas, así, al aparecer y emitir su voz San Pedro, disipábanse las tinieblas del error, retirábase Satanás, huían los demonios, desaparecían las enfermedades de los cuerpos, curábanse las dolencias de las almas, desterrábase toda maldad y restablecíase la virtud en el mundo. Y así como cualquiera prenda que se logre sacar de los erarios imperiales, donde se guarda con estima el oro y piedras preciosas, aunque sólo sea una perla, basta para enriquecer al que la tiene, así también, cualquiera palabra que saliera de la boca de los Apóstoles —que era verdadero erario real donde estaban depositados los tesoros de curaciones— proporcionaba grandísimas riquezas espirituales. ¡Entonces si

que realmente se echaba de ver que las palabras de Dios son deseables más sin comparación que el oro y las perlas (Sal. 118, 11)! Pues lo que ni el oro ni las perlas podían, lo podían las palabras de Pedro. ¿Qué cantidad de talentos de oro hubiera logrado sanar el cojo de nacimiento? Pero pudo hacer la palabra de Pedro. Dijo: *En el nombre de Jesucristo, levántate y anda* (Hech. 3, 6), y las palabras se convirtieron en obra. ¿Ves cómo eran deseables más que el oro y abundancia de piedras preciosas? ¿Ves cómo aquellas bocas eran, en efecto, erarios reales? Verdaderamente, ellos eran médicos, labradores y pilotos de todo el mundo: médicos, porque curaban enfermedades; labradores, porque sembraban la palabra de la virtud; pilotos, porque calmaron la tormenta del error. Por esto, en una ocasión dice Dios de ellos: *Id y curad los enfermos* (Mt. 10, 8), hablándoles como a médicos; y en otra: *He aquí que os envío a segar lo que no trabajasteis vosotros* (Jn. 4, 38), hablándoles como a labradores; y en otra: *Os voy a hacer pescadores de hombres* (Mt. 4, 19), y a San Pedro en particular: *No temas, en adelante serás pescador de hombres* (San Lucas, 5, 10), tratándolos como a pilotos y pescadores; y ¡allí sí que se veían maravillas sobre maravillas! Porque hace diez días subió nuestra naturaleza al trono real de Dios, y hoy bajó el Espíritu Santo sobre nuestra naturaleza; llevó al cielo el Señor nuestras primicias, e hizo bajar al Espíritu Santo. Dios es también y Señor el que nos distribuye estos dones, porque el Espíritu Santo es Dios, y se repartieron entre sí el cuidado de nosotros el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Aún no habían pasado diez días desde la Ascensión, y ya nos envió Jesucristo carismas espirituales, prendas de la reconciliación que había obrado. Porque, a fin de que nadie dudara y preguntara que era lo que Jesucristo había obrado con su Ascensión a los cielos, si nos había reconciliado con el Padre, si lo había vuelto propicio para Nosotros; queriendo hacernos ver que le reconcilió, en efecto, con nuestra naturaleza, enviéndonos al instante las prendas y dones de la reconciliación. Puesto que cuando se unen y reconcilian los enemigos, suele seguirse al punto a la reconciliación³¹ el darse muestras de amor, estrecharse las diestas y regalarsé mutuos dones. Así también nosotros enviamos la prenda de nuestra fe, y recibimos en pago carismas y dones; enviamos nuestra obediencia, y recibimos justicia y santidad.

IV

Y para que entendáis cómo el habérsenos dado el Espíritu Santo es prenda y garantía de la reconciliación de Dios, me esforzaré en convencerlos de ello por la Sagrada Escritura, probándooslo en primer lugar por lo contrario, haciéndoos ver cómo cuando Dios está irritado con nosotros, detiene la gracia del Espíritu Santo; para que persuadidos que es señal de su ira el no dar el Espíritu Santo, al verlo hoy enviado del cielo, deduzcáis, que si no se hubiera reconciliado ya, no lo hubiera enviado sobre nosotros. Y ¿de dónde lo podemos entender? Era Helí un anciano justo y prudente en lo demás, pero que no sabía corregir la maldad de sus hijos, antes los amaba con exceso. Oído lo cuantos teneis hijos y poned justo límite a vuestro amor y consideración con ellos. Pues por esta causa irritó Helí al señor, y le provocó a tan grande enojo, que se apartó de toda la nación. Y así para indicar el escritor sagrado hasta qué punto los rechazó y se apartó de ellos el Señor, dijo: *Y la palabra (del Señor) era preciosa, y no había visión que distinguiera (lo futuro)* (1 Re. 3, 1), llamando precioso en este lugar a lo escaso y raro; pues daba a entender con estas palabras, que escaseaba entonces el don de profecía. Y en otra parte, llorando y lamentándose el profeta por la ira de Dios, decía: *No hay en este tiempo príncipe ni profeta* (Dan. 3, 38); y a su vez el Evangelista dice: *Porque aún no había* (no había sido dado) *el Espíritu Santo; puesto que Jesús no había sido glorificado* (Jn. 7, 39). Como aún no había sido crucificado Jesucristo, dice, aún no se había dado a los hombres el Espíritu Santo; pues la palabra *glorificado* quiere decir aquí *crucificado*; porque aun cuando la crucifixión es de suyo ignominiosa, pero como la sufrió por aquellos a quienes amaba, la llama Jesucristo gloria. Y ¿por qué razón, decidme, no se dio el Espíritu Santo antes de la crucifixión? Porque la tierra se hallaba envuelta en pecados, ofensas, enemistades y deshonor, cuando aún no se había ofrecido el Cordero que quita el pecado del mundo. Así es que como no había sido aún crucificado Jesucristo, aún no estaba hecha la reconciliación; y como aún no estaba hecha la reconciliación, con justo motivo no se enviaba el Espíritu Santo, para que fuese enviado más tarde como prenda y testimonio de la reconciliación. Por esta causa dijo Cristo: *Conviéneos que yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá El* (Jn. 16, 7); si yo no fuere, dice, y reconciliare al Padre, no os enviará al Consolador. ¿Veis por cuántos pasajes de la Escritura os he demostrado que

es señal de la ira de Dios el no estar entre los hombres el Espíritu Santo? *La palabra (del Señor) era preciosa (o rara) y no había visión que distinguiera lo futuro (o don de profecía)* (1 Re. 3, 1). *Porque no hay en este tiempo príncipe ni profeta* (Dan. 3, 38). *Porque aún no había sido enviado el Espíritu Santo, puesto que Jesús no había sido glorificado* (Jn. 7, 39). *Conviéneos que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá El* (Jn. 16, 7). Luego señal es de la ira de Dios el no haber Espíritu Santo: luego al verlo enviado con grande abundancia, ya no dudes de la reconciliación.

V

Pero, ¿dónde está ahora, me diréis, el Espíritu Santo? Porque antiguamente bien claro se descubría, cuando se obraban milagros, cuando eran resucitados los muertos y curados todos los leprosos; pero ahora, ¿por dónde podremos probar que está en nosotros el Espíritu Santo? No temáis; porque voy a demostrar cómo también ahora el Espíritu Santo está en nosotros. ¿Cómo se demuestra? Oíd: si no estuviera en nosotros el Espíritu Santo, ¿cómo todos estos que en esta sagrada noche han sido iluminados se hubieran librado de la culpa? Porque no hay manera de librarse de culpas sin influencia y poder del Espíritu Santo. Oíd, en efecto, las palabras de San Pablo: *Eramos en otro tiempo también nosotros necios, incrédulos, sujetos al error, esclavos de diversos apetitos; pero cuando se desburrió la benignidad y clemencia de nuestro Salvador y Dios, nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hiciéramos, sino según su propia misericordia, con el bautismo de la regeneración y renovación del Espíritu Santo* (Tit. 3, 3-5); y en otra parte dice: *No os equivoquéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los muelles, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, poseerán el reino de Dios* (1 Cor. 6, 9). ¿Ves aquí todas las clases de pecado? *Pues esto es*, dice, *lo que fuisteis algunos; pero fuisteis purificados, fuisteis santificados, fuisteis justificados*. ¿De qué manera? que esto es lo que tratamos de averiguar, si dejamos o no la culpa por medio del Espíritu Santo. Pues oíd: *Pero fuisteis santificados, fuisteis justificados, en el nombre de Jesús nuestro Señor, y en el Espíritu de nuestro Dios* (Ib. v. 11). ¿No ves como fue el Espíritu Santo quien borró toda aquella maldad?

¿Dónde están ahora los que blasfeman de la majestad del Espíritu Santo? Porque si no perdona los pecados, sin razón se le recibe en el

bautismo; y si los perdona, sin razón blasfeman de él los herejes. Si no hubiera Espíritu Santo, ni aun siquiera podríamos decir “Señor Jesús”: *Nadie, dice San Pablo, puede decir Señor Jesús, si no es por el Espíritu Santo* (1 Cor. 12, 3). Si no hubiera Espíritu Santo, no podríamos los fieles invocar a Dios; porque decimos: *Padre nuestro que estás en los cielos* (Mt. 6, 9). Así, pues, como no le podríamos llamar Señor, así tampoco le podríamos dar el nombre de Padre. ¿Por dónde consta? Por el mismo Apóstol que dice: *Y por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Abba, Padre* (Gal. 4, 6). Así, pues, al llamarle Padre, acuérdate que por moción del Espíritu Santo en tu alma se te hace la dignación de tributarle tal nombre. Si no hubiera Espíritu Santo, no habría en la Iglesia el don de hablar con sabiduría y ciencia; porque *A uno se le da por el Espíritu Santo hablar con sabiduría, a otro hablar con ciencia* (1 Cor. 12, 8). Si no hubiera Espíritu Santo, no habría en la Iglesia pastores y doctores; porque también a estos los forma el Espíritu Santo, como lo afirma San Pablo: *El Espíritu Santo os ha instituido pastores y obispos* (Hech. 20, 28) ¿Ves cómo también esto procede del Espíritu Santo? Si no estuviera el Espíritu Santo en este nuestro común doctor y padre, cuando hace poco ha subido a esta sagrada tribuna, y os ha dado a todos la paz, no le hubierais respondido todos con este clamor: *Y también con tu Espíritu*; por esta razón, no solamente le respondéis con esta voz cuando sube aquí, ni sólo cuando os habla, ni sólo cuando ruega por vosotros, sino también cuando asiste a ese sagrado altar, cuando va a ofrecer el tremendo sacrificio (ya saben lo que digo los iniciados); no toca la ofrenda hasta haber pedido él para vosotros la gracia del Señor, y haberle respondido vosotros: *Y también con tu Espíritu*, recordándoos a vosotros mismos con esta respuesta, que allí no obra nada el que está presente, y que no es cosa humana aquella oblación, sino que la gracia del Espíritu Santo que con su presencia todo lo penetra, es la que lleva a cabo aquel místico sacrificio. Porque aunque sea hombre el que allí asiste, pero Dios es quien obra por su medio. No atiendas, pues, a la naturaleza del hombre visible, sino a la gracia del invisible. No es humana ninguna de las cosas que se obran en este sagrado recinto. Si no asistiera con su presencia el Espíritu Santo, no permanecería la Iglesia; si, pues, la Iglesia permanece, es evidente que asiste el Espíritu Santo.

VI

Pues, y ¿por qué, dirá alguno, ahora no se hacen milagros? Atendedme en este punto con diligencia, porque es cosa que a muchos se la oigo decir, y preguntar a menudo y a la continua. ¿Por qué entonces tenían don de lenguas todos los que se bautizaban, y ahora no? Entendamos primero que es el don de lenguas, y entonces daremos la razón. ¿Qué es, pues, el don de lenguas? El que era bautizado hablaba en seguida la lengua de los judíos, la de los egipcios, la de los persas, la de los escitas, la de los tracios, de modo que un solo hombre hablaba muchas lenguas; y si estos de ahora hubieran sido bautizados entonces, los hubierais oído al punto hablando lenguas diversas. Porque también San Pablo se encontró con algunos que habían recibido el bautismo de Juan, y les dijo: *¿Recibisteis el Espíritu Santo, después de haber creído* (Hech. 19, 2)? Le respondieron: *Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo*; y al momento los mandó bautizar. *Y habiéndoles Pablo impuesto las manos, vino sobre ellos, el Espíritu Santo, y hablaban todos* (varias) *lenguas* (Ib. v. 6). Pues ¿por qué ahora se ha coartado, y aun quitado por completo a los hombres esta gracia? No porque Dios nos quiera deshonar, sino al contrario, honrar muchísimo. ¿Cómo así? Y yo os lo diré. Eran entonces los hombres más necios, como recientemente sacados de la idolatría, y todavía era su menta crasa y estúpida, llamábales la atención y sacábalos de sí todo lo corporal, y ni siquiera pensaban en los bienes incorpóreos, ni sabían qué era gracia espiritual, que sólo se percibe con la fe; y he aquí por qué se obraban milagros. Porque los dones espirituales unos son invisibles, y sólo la fe los comprende; otros se manifiestan por alguna señal sensible para confirmación de los incrédulos. Vaya un ejemplo: el perdón de los pecados es cosa espiritual, es don invisible; pues no vemos con los ojos de la carne cómo se limpian nuestros pecados. ¿Por qué así? Porque es el alma la que se purifica, y el alma no se ve con los ojos del cuerpo. Es, pues, el perdón de los pecados un don espiritual que no puede ser accesible a los ojos corporales; pero, en cambio, el hablar varias lenguas, cierto, procede también de la eficacia y virtud del Espíritu Santo, mas se manifiesta por una señal sensible y asequible fácilmente aun a los infieles; porque la lengua que se oye en el exterior es una muestra y argumento de la operación interior e invisible que se obra en el fondo del alma. Por esta razón dice también San Pablo: *Los dones visibles del Espíritu (Santo) se*

dan a cada uno para utilidad (1 Cor. 12, 7). Ahora bien: yo no necesito ya de milagros. ¿Cómo así? Porque aun sin don de milagros, sé creer al Señor. El infiel, sí, necesita de alguna prenda; mas yo, fiel creyente, de ninguna prenda ni testimonio necesito; antes, aun cuando no hable varias lenguas, sé que fui purificado de los pecados. Mas ellos entonces no creían si no recibían la señal de algún milagro; y por esta razón se les daban estas señales como testimonio y prenda de la fe que recibían. Lego no como a fieles, sino como a infieles se les daban estas señales, para que de este modo se hicieran fieles. Así lo afirma también San Pablo: *Los milagros no son para los fieles, sino para los infieles* (1 Cor. 14, 22). ¿Veis cómo el haber Dios quitado la manifestación de los milagro, no es deshonorarnos, sino más bien honrarlos? pues no lo hizo sino para mostrar nuestra fe, y cómo sin prendas ni señales algunas le damos crédito; porque los antiguos, si no hubieran recibido primero la señal y prenda, no le hubieran dado fe en las cosas invisibles; mas yo, aún sin nada de esto, le creo con la fe más absoluta: he aquí, pues, la causa de no hacerse ahora milagros.

Bien quisiera también hablar sobre la ocasión de la fiesta de hoy, y enseñaros que es Pentecostés, y por qué se dio en esta festividad el don del Espíritu Santo, y por qué precisamente en lenguas de fuego, y por qué después de diez días; pero veo que se va alargando mi instrucción, y por eso, después de añadir algo, voy a terminar.

VII

Cuando se cumplía el día de Pentecostés, viéronse sobre ellos distribuidas lenguas como de fuego (Hech. 2, 1-3); no *de fuego*, sino *como de fuego*, porque no creas que el Espíritu Santo es algo sensible. Porque así como a las corrientes del Jordán no bajó una paloma, sino figura de paloma (Lc. 3, 22), así también aquí no apareció *fuego*, sino *figura de fuego*; y lo mismo dice más arriba la Escritura estas palabras: *A la manera de la llegada de un viento impetuoso* (Hech. 2, 2); no dice sólo *un viento impetuoso*, sino *a la manera de la llegada de un viento impetuoso*. Y ¿por que causa no recibió Ezequiel el don de profecía en semejanza de fuego, sino de un libro, y en cambio los Apóstoles reciben los dones del Espíritu Santo en semejanza de fuego? Puesto que de aquel dice la Escritura, que se aplicó a su boca el capítulo de un libro, y que en él estaba escrita la acusación y el vaticinio y el *ay* de la amenaza, y que estaba escrito por delante y por

detrás, y lo comió el profeta, y se convirtió en su boca como en dulce miel (Ez. 2, 9 y 3, 3); pero de los Apóstoles nada semejante nos dice, sino que *se vieron sobre ellos distribuidas lenguas como de fuego*. Pues, ¿por qué aparecieron allí un libro y letras, y aquí lenguas y fuego? Porque el Profeta había de salir a reprender los pecados, y a lamentar las calamidades de los judíos; mas los Apóstoles habían de salir a consumir los pecados de todo el mundo, éste es el motivo por qué aquel recibió un libro que le recordara las futuras calamidades, y estos recibieron fuego para abrasar y hacer desaparecer por completo todos los pecados de la tierra. Porque así como cuando prende el fuego en las espinas al punto las consume todas, así la gracia del Espíritu Santo consumía los pecados de los hombres. Pero los insensatos judíos, en presencia de tales maravillas, en vez de pasmarse y temblar y adorar al dados de tales dones, dan nueva muestra de su peculiar necedad, acusando de embriaguez a los Apóstoles llenos del Espíritu Santo. *Estos*, decían, *están llenos de mosto* (Hech. 2, 13). Considera la maldad de los hombres por una parte, y contempla por otra la bondad de los ángeles: cuando vieron los ángeles subir al cielo las primicias de nuestra naturaleza, regocijábanse y decían: *Alzad, príncipes, vuestras puertas, y elevaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria* (Sal. 23, 7); pero los hombres, al ver que ha bajado a nosotros la gracia del Espíritu Santo dicen que están embriagados los que la han recibido: y ¡ni siquiera valió para reprimirlos la estación del año! porque mosto en primavera en ninguna parte se ve; y entonces era, precisamente, la primavera. Pero, en fin, dejémoslo a ellos, y consideremos nosotros la retribución que nos da nuestro benigno Dios. Recibió Jesucristo las primicias de nuestra naturaleza, y nos dio en pago la gracia del Espíritu Santo; y así como en una larga guerra, deshechas las hostilidades y entablada la paz, se dan mutuamente las partes contrarias prendas y rehenes, así sucedió también con Dios y con la naturaleza humana; esta le envió en prenda y rehenes las primicias que llevó Cristo al cielo, y El nos dio a su vez en prenda y rehenes al Espíritu Santo. Y que tengamos realmente prenda y rehenes, es un hecho manifiesto; porque las prendas y rehenes conviene que sean de origen regio; y por esta razón nos fue enviado el Espíritu Santo, que es de naturaleza la más regia que puede haber, así como también el que de entre nosotros subió al cielo era asimismo de linaje real, de la familia de David. Por esta causa ya no tengo ningún temor, porque nuestras primicias están en el cielo; por esta causa, por más

que se me hable, sea del gusano que nunca muere, sea del fuego inextinguible, sea de otros castigos y tormentos, ya nada temo; mejor dicho, temo, sí, mas no desespero de mi salvación. Porque de no haber decretado Dios inmensos bienes en favor de nuestra naturaleza, no hubiera arrebatado al cielo nuestras primicias. Antes de ahora, cuando mirábamos al cielo y pensábamos en aquellas potestades incorpóreas, comparándonos con ellas, veíamos claramente nuestra vileza; pero ahora, si queremos ver nuestra nobleza, miramos arriba, al cielo, al mismísimo trono real, pues en él están nuestras primicias.

VIII

Así con esa misma majestad vendrá del cielo el Hijo de Dios para juzgarnos. Preparémonos, pues, para no caer de tan grande gloria; porque vendrá, vendrá y no tardará nuestro común Señor; vendrá trayendo consigo celestes escuadrones, ejércitos de ángeles, grupos de arcángeles, congregaciones de mártires, coros de justos, pueblos de profetas y apóstoles, y en medio de aquellos ejércitos espirituales aparecerá nuestro Rey con indecible e inexplicable majestad.

¡Ea, pues, hagamos todo lo posible para no caer de tan grande gloria! ¿Queréis que os diga también algo que os infunda temor? lo diré, no para entristeceros, sino para corregiros. Entonces se arrastrará delante de aquel tribunal un río de fuego (Dan. 7, 10); entonces se abrirán los libros, y se entablará aquel juicio tremendo y formidable. Por esto leeránse como en un tribunal las memorias de nuestra vida. Mucho es lo que de estos libros nos dicen los profetas. Moisés dice: *Si les perdonas este pecado, perdónaselo; pero si no, bórrame también a mí del libro que escribiste* (Ex. 22, 32). Cristo a su vez decía a los discípulos: *No os queráis regocijar, no, de que los demonios se os sujetan, regocijaos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos* (Lc. 10, 20); y el profeta David: *Todos serán escritos en tu libro; formaránse los días, y nadie en ellos* (Sal. 138, 16); y en otra parte: *Sean borrados del libro de los vivos, y no sean escritos con los justos* (Sal. 68, 29). ¿Ves cómo a unos se los borra, a otros se los inscribe? ¿Quieres ver cómo en aquellos libros no sólo se inscriben los justos, sino que también están escritos nuestros pecados? Hoy es día de fiesta; aprendamos las cosas que no pueden librar del suplicio: terribles son estas palabras, pero útiles y provechosas, y nos libran de experimentar por la obra los suplicios; aprendamos, pues, cómo se

escriben los pecados, y que todo lo que aquí estamos hablando, al mismo tiempo está llegando allá arriba y anotándose. Y ¿por dónde nos consta? pues no se deben tales proposiciones afirmar gratuitamente. Dice el profeta Malaquías a los judíos: *¡Ay de los que irritáis al Señor! Y ¿cómo, dicen, le irritamos? Porque decís: Todo el que obra mal es bueno delante del Señor* (Mal. 2, 17). ¡Palabras de siervos ingratos! *Y en ellos se complació*, es decir, en los perdidos, en los que no le sirvieron. *He aquí que guardamos sus mandamientos y con todo nos vemos precisados a llamar felices a los extraños* (ib. 3 14, 15); nosotros dicen, le servimos cada día, y otros gozan de sus bienes. Así suelen muchas veces hablar los siervos contra sus señores; mas al fin, que un hombre hable así de otro hombre, no es tanto mal, aunque siempre es mal; pero hablar de este modo contra el común Señor de toda la tierra, contra aquel Señor misericordioso y benigno por excelencia, no hay condenación ni suplicio, por extremo que sea, que baste a castigarlo. Pero para que entiendas cómo todas estas palabras se escriben, oye lo que dice el profeta: *He aquí que todas estas cosas quedan escritas en el libro de los vivos para recuerdo en la presencia de Dios* (Ib. v. 16). Y claro está, que si se escriben, no es porque Dios tenga necesidad de acordarse del día y sacar el libro como argumento de acusación.

Quizá he conmovido vuestros ánimos con el temor; pero no es sólo vuestro corazón el que teme, más que el vuestro tiembla el mío. Ea, pues, voy a poner límite al discurso, o si queréis, a deshacer el temor; aunque el temor no lo desharé, sino más bien lo calmaré; porque justo es que permanezca purificando vuestras almas; sólo haré que no sea intolerable. Y ¿de qué manera lo podremos mitigar? Si demostráremos que no solamente se escriben los pecados, sino que también se pueden borrar. Y es así, que en un tribunal cuando mande que se escriba en los registros el litigante, allí queda escrito para siempre, y ya no se puede borrar; pero en aquel otro libro, por más que hubieres dicho maldades, con sólo quererlo las puedes borrar de nuevo. ¿De dónde consta? De la Escritura: *Aparta, dice, tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades* (Sal. 50, 11). Ahora bien, nadie borra lo que no estaba escrito; luego porque estaban escritas, suplica que se borren. Otro escritor sagrado nos enseña también la manera cómo se borran, cuando dice: *Con limosnas y fe se limpian los pecados* (Prov. 15, 27); no solamente se borran, sino también se limpian, de manera que ni rastro quede de haberlos borrado. Y no sola-

mente se borran los pecados cometidos después del bautismo, sino que aún los que se escribieron antes de él, todos se borran con el agua del bautismo y la cruz de Cristo, conforme a lo que San Pablo dice: *Habiendo borrado la escritura de condenación que nos era contraria, quitóla de en medio, y la clavó en la cruz* (Col. 2, 14). ¿Ves cómo se borró aquella escritura? y no sólo se borró, sino que se rompió rasgándola los clavos, de modo que quedó inutilizada. Todas aquellas culpas quedaron borradas por la gracia, benignidad y virtud de Cristo crucificado; pero las que se cometen después del bautismo, requieren mucho esfuerzo para ser borradas de nuevo; porque no hay ya segundo bautismo, sino que hacen falta muchas lágrimas, penitencia, confesión, limosna, oración y todo género de piedad; así es que los pecados después del bautismo se borran con mucho trabajo y fatiga. ¡Ea, pues, pongamos todo empeño en borrarlos desde ahora, y librarnos de la ignominia del suplicio de entonces! Que aun cuando hubiéremos cometido innumerables pecados, si lo queremos, podemos echar de encima toda la carga de ellos. ¡A quererlo, pues! porque mucho mejor es trabajar aquí un poco y librarnos del suplicio inexorable, que emperezar por este breve tiempo y caer en aquellos tormentos inmortales.

IX

Pero ya es tiempo de repetir lo que os hemos dicho. Hemos comprendido a los que sólo se presentan una vez al año, porque dejan desnuda a su madre la Iglesia; les hemos traído a la memoria la historia antigua y la maldición y bendición; hemos hablado de las fiestas judaicas, y por qué razón mandó Dios a los judíos presentarse ante él tres veces al año; hemos dicho que en todo tiempo es fiesta, sea Pentecostés, sea Pascua, sea Epifanía; hemos dicho también que la fiesta la hace la conciencia pura y no la revolución de los días y los tiempos; de aquí hemos pasado a los dones del Espíritu Santo bajados del cielo; hemos dicho cómo es esta una señal de reconciliación; hemos demostrado cómo está presente el Espíritu Santo, por el perdón de los pecados, por la respuesta que damos a nuestro Pastor, por el don de hablar con sabiduría y ciencia, por las ordenaciones, por el sacrificio místico; hemos dicho cómo tenemos mutuamente prendas y rehenes de seguridad; hemos añadido la causa por qué han desaparecido de entre nosotros los milagros; después hemos hecho mención de aquel tribunal terrible y de los libros que entonces se han de abrir, y

de cómo en ellos se escriben nuestros pecados; hemos también demostrado cómo se pueden borrar otra vez, si queremos. Recordad todo lo dicho; y si no podéis todo, más que de nada acordaos de lo dicho sobre los libros: y en todas vuestras respuestas hablad con toda cautela, como quien tiene delante un testigo que todo lo va escribiendo, y conservad siempre fresco en la memoria este discurso; para que por una parte, los que estáis inscritos en el libro de los justos aumentéis el número de las buenas obras, y los que tenemos escritos allí muchos pecados, borrándolos aquí sin que nadie lo sepa, nos libremos de verlos allí publicados entonces. Porque no es posible, como hemos demostrado, con diligencia, oración y devoción constante borrar todos aquellos pecados. Pongamos, pues, empeño en esto continuamente, para que, salidos de esta vida, podamos allí alcanzar alguna indulgencia de nuestras culpas y evitar todos aquellos suplicios inexorables; ¡ojalá que libres de ellos todos nosotros seamos dignos del reino de los cielos por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

Editado por [Manuel Arnaldos](#), ed. [EJC](#), [Molina de Segura](#) 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 [@escritores de iglesia](#) [+ENCICLOPEDIA MERCABA](#), [MURCIA](#)